

Algo, que por medio de la discusion nos deje ver un rayo luminoso de la Verdad eterna, una y suprema.

Nada deseamos ni anhelamos tanto, sino ver la luz, porque ella es la principal progenitora de esos íntimos y profundos sentimientos que, embriagando al corazon, arroban al espíritu y hacen progresar á la inteligencia por la vía del tiempo, sin tiempo que es el infinito.

Deseamos la luz, porque en el caos no se puede marchar con pie firme y seguro.

La luz antes que la existencia.

Dios mismo para SER en el universo, para tener vida, por decirlo así, necesitó de esa potente palanca que se ha traducido bajo la elocuente forma del "FIAT LUX."

Dios mismo — sí — sin embargo de su "omnipotencia," no pudo ejercer su libre accion en el centro de las tinieblas.

Dios sin la luz no podria concebirse, así como al hombre no se le puede concebir sin Dios, que es la luz por esencia y excelencia.

Y como dijo el evangelista Juan á los Parthos al predicarles la doctrina de Jesus: "LA LUZ, EN LAS TINIEBLAS RESPLANDECE."

Ahora bien; ¿cómo seria posible concebir al hombre fuera de la mas bella y radiante emanacion del Hacedor cual es la luz?

La luz es la inteligencia, el pensamiento, el idealismo de la creacion.

"FIAT LUX."

La luz antes que la existencia.

AD. I. ALEGRIA.

I

DIOS

El Señor desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, para ver si hay quien tenga inteligencia, ó quien busque á Dios.

DAVID.

CUANDO volvemos la vista hácia el pasado sinteti-
zándolo en todas sus fases, sin fijarnos un pun-
to en sus espaciosas individualidades: cuando
verificamos el mas escrupuloso y sentido análisis, recor-
riendo los fastos del presente: cuando dejamos escapar
nuestra oscura inteligencia por los velados y vastos cam-
pos del futuro, avanzándola sobre ellos, y cuando de un
solo golpe abarcamos la triple forma de los tiempos, no
podemos menos que concebir una idea sublime y gran-
diosa en sí misma á la vez que altamente maravillosa.

Idea que despierta en nosotros el sentimiento de lo
bello, excitando— como precisa consecuencia— el órga-
no de la veneracion con toda la fuerza y con todo el
desarrollo de que es capaz en la criatura, segun su mayor
ó menor grado de susceptibilidad cerebral.

Idea que, como una chispa de Leyden, nos afecta y
conmueve íntimamente, haciendo palpar al corazon

dentro de la esfera de la admirabilidad y el reconocimiento.

Idea es que nos arranca del suelo al cielo en medio de un trasporte inexplicable.

Idea que despierta en nosotros el sentimiento de lo bello, como acabamos de decirlo, y que nos hace entrever al infinito en toda su grandeza, en toda su esplendente magnitud.

Idea que despierta en nosotros á la idea, dándole forma y haciéndola vivir para darse cuenta á sí misma de su propia existencia.

Idea que no es otra — en verdad — que la idea de DIOS.

Y DIOS, en el lenguaje universal, es la significacion de un Sér Supremo que constante y afanosamente vela por nosotros, sin distincion alguna entre todo aquello que es obra y hechura perfecta de su perfecta sabiduría.

DIOS es áquel principio sin principio que principia y termina todas las cosas, por cuya causa los helenos le representaban por el alpha y el omega, α, ω .

Representacion mas ó menos justa y perfecta pero que presentaba los extremos del Supremo Ser, en los extremos del analítico conjunto con que — bajo mil combinadas y maravillosas formas — expresaban sus ideas y brillantes razonamientos.

Tampoco ha faltado quien represente á Dios por medio de un brevísimo signo, el cual no es otro que el punto,

como manifestando la unidad reducida á su mas simple expresion.

Los Chinos, los Indos, los Egipcios, los Etruscos, los Fenicios, los Celtas, los Thracios, los Caldeos, los Idu-meos, los Pelasgos, los Judíos, los Francos, los Germanos, los Bretones, los Indo-persas, los Slavos, los Sabeanos, los Sajones, los Koreishitas, etc., etc., han tenido mil modos y signos para indicar la existencia de la Divinidad.

Signos todos elocuentes, signos todos expresivos, y aunque diversos en su modo de ser, todos vienen á comprobar la creencia universal de la existencia de Dios.

Dios es y existe, han dicho todos los pueblos.

Y Dios en su existencia es el verbo-savia, el verbo de los verbos, el verbo-núcleo, el verbo activo y atributivo por excelencia, que á sí solo se basta para expresarse y para vivir sin auxiliar de ninguna especie y género, rigiendo siempre sin ser jamás regido.

Para expresarnos de otra manera, diremos tambien que Dios es el número generador de todos los números.

Es el 1.

Como fórmula matemática podria darse la siguiente

$$\text{SER} \times \text{SER} = \text{á DIOS.}$$

Y si el verbo *Ser* multiplicado por *ser*, es igual á Dios, no debe haber duda en la existencia de esta fuerza de primera fuerza, causa de todas las causas.

Existencia negada tan solo por los que padecen extravíos intelectuales y de razon.

Los pueblos todos del Universo, y las producciones mismas de la naturaleza, nos lo están diciendo instante por instante, momento por momento, que Dios existe.

“Recorred—dice un sabio contemporáneo—recor-

red la extension de los mares con sus ondas circulares, recorred los continentes con sus montañas y sus llanuras, lanzáos al estudio del cielo por la astronomía, la contemplacion y el cálculo, situáos por medio del telescopio en las regiones donde los rayos luminare necesitan millones de años para franquear los espacios que los separan de nosotros, cuando la luz que nos alumbraba, al venir del sol, astro que es ciento doce diámetros mayor que la tierra, tiene que interponer ocho minutos diez y siete segundos para recorrer los quince millones, trescientos cuarenta y siete mil miriámetros¹ que la separan de él; pensad en los resultados maravillosos que nos revelan las operaciones físicas y químicas que repiten en pequeño lo que se ve en grande en el mundo, y entonces si os hallais dotados de alguna penetracion, os elevareis infaliblemente á la idea del espíritu que ha hecho todas las cosas de su omnipotencia, de su accion siempre medida, de su sabiduría, de su bondad, de su belleza y de su inteligencia, que han concebido el órden del universo múltiple y extendido en todas partes sobre la actividad visible é invisible de todo cuanto existe en el mundo."

Como se ve, las pruebas físicas abundan para probar la existencia del "Omnipotente."

CÆLI ENNARRANT GLORIAM DEI, exclamó en medio de un fervoroso entusiasmo el bardo-rey, inspirado, á no dudar, por la santa idealidad del Espíritu de los espíritus.

"*Cæli ennarrant gloriam Dei.*"

¹ Esto es, una distancia média de noventa y cinco millones de millas caminando a luz, por consiguiente, doscientas mil millas en un solo segundo de tiempo, siendo un millon de veces más ligera que una bala de cañon. Si esta se disparase desde el sol, dilataria 30 años en llegar hasta nosotros, caminando siempre con la velocidad de su primer impulso.—N. A.

Verdad de sentido comun, pero es de aquellas verdades que aunque simples y palpables á primera vista, tienen aquella novedad que les presta el que primero las descubre.

Tal es en lo que hallaron su novedad el huevo de Colón y la manzana de Newton.

Desde la aglomeracion de la humanidad en los campos de Babel, hasta Bias, Solón, Anaxágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, Kong-fou-tseu y Theophrasto; y desde Jesucristo hasta Chateaubriand, Julio Simon, y Domingo Lacordaire, siguiendo entre ellos M. Tulio Cicerón, Plinio, Séneca, Filón de Alejandría, Justino el "filósofo," Ratbi-Akiba, Orígenes, Plotino, Porfirio, Apolonio, Jamblico, Agustín de Tagaste, Mahoma, Anselmo de Cantorbery, Pedro Abelardo, Tomás de Aquino, Tomás Moroos, Tomás Kempis, Martín Lutero, Juan Calvino, Miguel Servet, Tomás Hobbes, Benigno Bossuet, Benito Espinosa, Nicolás Malebranche, Isaac Newton, Guillermo Godofredo, barón de Leibnitz, Francisco Fenelon, Samuel Clarke, René Descartes, Francisco Arouet, Voltaire, Theophilo de Viau, J. J. Rousseau, Pedro Bayle, Constantino Volney, Lammenais, Guizot, etc., la existencia de Dios se ha discutido en las aulas, en los foros, en las plazas, en los liceos, en las academias, en los templos, en las escuelas, bajo todas las formas conocidas en la prensa y la oratoria, y con todos los argumentos que en sí presta la filosofía en pro y en contra.

Discusion indispensable al conocimiento que de su origen desea tener la humanidad, puesto que ya es inherente al hombre el querer investigar de dónde es, cómo es y para qué es.

O en otros términos mas precisos: de dónde viene y adónde va.

De esta investigacion á que se lanzan los espíritus curiosos con mas ó menos avidez, han tenido su punto de partida la filosofía y las ciencias llamadas "Naturales."

Acabamos de ver cuántos grandes ingenios discutieron de Dios, y cada uno de por sí llegó con argumentos positivos ó negativos, á probar su existencia por la sola idea que se daban de ÉL.

Demasiado se comprende que nadie se forma una idea, ni aun la mas simple, de aquello que no existe.

Y el hombre se forma la idea de Dios puesto que tiene la idea del *infinito*, y el infinito no es mas que Dios en una de sus formas incomprensibles como múltiples y grandiosas.

Bien podríamos decir que el infinito es la incesante accion de Dios.

Al ateo le bastará observar—para abjurar de sus caprichosas creencias negativas—que todo cuanto es y tiene vida en la naturaleza, vive y es con una alma apropiada para el elemento á que está destinado.

De aquí proviene que la marcha de la creacion jamás se interrumpe ni trastorna.

Todo aquello que llamamos *cataclismos*, y *desórdenes* de la naturaleza, como el Diluvio universal, los terremotos, el cambio de los rios, las retiradas y desapariciones de los mares, el derrumbe de las montañas, las explosiones volcánicas, los eclipses, el choque de los astros entre sí, la desviacion de los planetas, etc., etc., no son sino fenómenos necesarios y precisos para la conserva-

cion del ORBE, y que tienen que acaecer á su debido tiempo, repitiéndose unos y dejando de repetirse otros.

A esta serie de fenómenos mas bien les llamariamos la FISIOLÓGIA de la creacion, que *trastornos y cataclismos*.

Cuando en el animal se verifican las funciones de digestion, absorcion, nutricion, circulacion, respiracion, secrecion, reproduccion, etc., etc., no se dice que estas son trastornos ni *desórdenes*, sino actos pura y meramente fisiológicos.

El modo de *ser* en todo lo que ha sido creado, nos da tambien la idea de Dios, sin necesidad de buscar pruebas analizando las partes ó el todo del Universo, armonioso en su conjunto, armonioso en sus detalles.

Esta armonía de la naturaleza jamás muere, jamás perece, y aunque invariable en sus leyes, siempre es infinita, y por lo mismo incesantemente fecunda, incesantemente vivificadora, y nunca estéril.

Armonia á que concurren todas las fuerzas esparcidas en la creacion, y que afectando diversas y múltiples formas, llenan de la manera mas cumplida su total objeto, sin separarse un punto de la marcha comun á que están llamadas.

Son partes, por decirlo así, como las partes de una maquinaria, que sin conocerse entre sí unas y otras y sin saber para qué son, obran de comun acuerdo y dan por resultado final la sola y definitiva operacion á que el conjunto del aparato se halla destinado.

Todo esto es suficiente para probar, hasta el exceso, que Dios es una cosa real, existente y positiva.

A la vez, la ignorancia misma del número de fuerzas y la mision que tienen en el orbe, es lo que nos hace

manifiesta y patente la incomprendibilidad de Dios. Si, nosotros no podemos comprenderlo en manera alguna.

Lo conocemos, porque lo vemos en todas y cada una de esas brillantes páginas del libro de la NATURALEZA.

Pero conocerlo no es comprenderlo.

Se conoce lo que se ve ó adivina.

Se comprende lo que se penetra.

¿Y nosotros penetramos, acaso, los misterios que envuelve la esencia de ese "FIAT" supremo, que fué el arquitecto mas grandioso y digno autor de tan grandiosa obra?

¿Llegamos á comprender nosotros los designios del Creador respecto de su producido?

¿Podemos darnos cuenta de la idea suprema, que juega en la infinita inteligencia del Hacedor de los orbes?

¿Sabemos, adivinamos siquiera, esas combinaciones mónstruas que hierven en el gigantesco cerebro del Omnipotente?

¿Comprendemos cuál es su fin, su mira objetiva?

De ninguna manera.

Decir que comprendemos á Dios, es decir que tenemos una idea explicativa y satisfactoria de sus atributos.

Es asegurar que estos no se escapan á nuestra comun penetracion.

Decir que se comprende á Dios, es tanto como afirmar que nos damos cuenta de su esencia en todo su desarrollo, perfectibilidad y límites.

A esto solo debemos razonar de la siguiente manera :
¿El hombre es capaz de comprender, de explicar, de demarcar y de determinar los límites del infinito?

¿Puede la criatura señalar cuál es la extension de la inteligencia humana?

¿Podrá decirse cuál es el último término del horizonte?

¿Es posible arrancar el secreto de la vida?

Así como todo esto no puede alcanzarlo el ser humano, así tampoco puede alcanzar la comprendibilidad del Criador, y mucho menos puede comprender los atributos de la Divinidad, si no comprende la esencia ni modo de ser del *yo*.

La incomprendibilidad de Dios es tan natural á la individualidad humana, como la ignorancia de las causas.

Esta ignorancia de las causas es lo que el vulgo llama casualidad.

O sea en otros términos, que son los mismos: La casualidad no es mas que la ignorancia de las causas.

Ahora bien; la comprendibilidad no es mas que la relacion de la causa al efecto, ó vice versa.

Relacion que debe darnos el *por qué* de los resultados finales producidos por ella misma.

Esta relacion íntima, profunda é inseparable del efecto á la causa — porque de otra manera no podria concebirse — es lo que se escapa á nuestra razon, y por lo tanto, como consecuencia precisa, se nos escapan á la vez los atributos de Dios.

Por la ideología, sabemos que estos atributos se enumeran por la perfeccion de su sabiduría, poder, bondad, justicia, omnisciencia, prevision, clemencia, misericordia, eternidad, etc., etc.

Pero la ideología ¿es suficiente medio para conocer de dichos atributos?

La ideología ¿es bastante siquiera para enumerarlos? Creemos que no.

La lógica y la ideología no dan sino abstracciones insuficientes del espíritu, y por consiguiente razonamientos incompletos, imperfectos é incapaces de manifestarnos la razón de ser del Supremo Sér.

La ideología tuvo su origen en Grecia, y Sócrates fué el primer ideólogo, quien con su ciencia trataba de explicar lo mas inexplicable que hay, la comprensibilidad de Dios y de las cosas.

A lo mas que llegó Sócrates, fué á comprender lo que siempre se ha comprendido desde Moisés hasta nuestros dias; esto es, que Dios existe y que es UNO.

Unidad que ningun pensador ha puesto en duda, porque no podria concebirse la perfeccion necesaria á su ser, creando en la imaginacion un Dios múltiple y variado.

Todos comprenden que Dios, como causa causatriz, no es mas que UNO.

Sin embargo, como causa causada, á se, nada hay que nos demuestre dicha unidad.

Por esto acontecia que los paganos y otros pueblos del globo, aunque reconocian y confesaban en palabra y obras la existencia de Dios, lo veian sin embargo múltiple, por aquello de que confundian la causa con el efecto.

Sócrates, haciendo á un lado las doctrinas de su maestro Anaxágoras, y vislumbrando por medio de la observacion y de la contemplacion del armonioso juego de la naturaleza, que Dios no era mas que UNO, ÚNICO Y SOLO,

sostuvo brillante y elocuentemente este principio, no obstante de estar persuadido que tal innovacion filosófica iba á irritar en alto grado el espíritu de la sociedad militante, llamada el "Areópago," la que herida en lo mas íntimo de sus creencias, no vaciló en arrastrarlo á libar la célebre copa de la cicuta, sin respetar siquiera sus venerables cabellos emblanquecidos por el estudio, la austeridad y la meditacion.

Y Sócrates apuró hasta las heces la pócima letal, seguro y firme en su creencia teogónica.

Algunos de sus discípulos lloraban á su rededor en el calabozo donde se hallaba sepultado, mas él sin inquietarse de sus lágrimas y consejos,—en que le decian abjurase de sus creencias para salvarse del suplicio—les contestaba levantando el dedo índice, como Galileo lo hubiera hecho en lugar suyo, para manifestarles que Dios es *uno, único y solo*, y que, como decia Mahomet en el versículo 4º del capítulo CXII de su Koran, "no tiene igual mas que á sí."

"Dios es uno," háse dicho siempre; pero con esto nosotros no alcanzamos á comprender toda su naturaleza, toda su esencia, ó para decirlo de una vez, todo su modo de ser y estar.

Y si alcanzásemos á comprender á Dios, entonces ya seriamos absolutamente iguales á EL.

Y esto no puede ser de ningun modo, aunque si puede ser que hayamos sido formados á "imagen y semejanza suya."

¿Acaso es igual, *absoluté*, la semejanza al ser?

¿Es, por ventura, igual la imagen ó el retrato de una persona á la persona misma?

—Aun en el mismo lenguaje vulgar, lo oimos decir á cada instante cuando se muestra el retrato de un individuo: “¡qué bien está! solo le falta hablar”; luego si le falta el habla, ya le faltó algo, y entonces ya no está igual, aunque si es “imágen y semejanza suya.”—

Ahora, si detenida y atentamente se reflexionase sobre lo que es la comprensión, veríase que esta es hija de la razon, y la razon humana no es tan elevada, tan lógica é infalible como la razon suprema del Todo-Infinito.

Y si la razon es la que comprende, la inteligencia es la que conoce; por esto no choca ni repugna el conocimiento de las cosas, sin comprender su naturaleza.

Además, la inteligencia se da cuenta de la existencia de Dios por las pruebas físicas, morales y metafísicas que palpa y siente á la vez.

La inteligencia se levanta en alas del sentimiento, despejando la incógnita de un Ser infinitamente sabio, infinitamente supremo, infinitamente inteligente é infinitamente perfecto.

No obstante, esto no se llama comprender á Dios, porque conocer y saber, ó adivinar que una cosa existe, no es penetrar en su objeto y naturaleza.

La razon no puede comprender al Creador, porque este es infinitamente superior á la razon.

Séamos lógicos, ante todo, y consecuentes.

Nosotros debemos creer en Dios, porque en todo nuestro ser, y fuera tambien de nosotros mismos lo vemos y lo sentimos; pero de esta creencia real y positiva, no se deduce que estamos en obligacion de comprenderlo.

Sabemos, por ejemplo, que el sol existe, porque lo vemos siempre y sentimos su accion vivificadora sobre

la tierra; pero no estamos obligados por esto á conocer sus propiedades ni á comprender su modo de accion sobre nuestro planeta.

Asi, mucho menos seria lógico dudar de lo que existe, porque no comprendemos su naturaleza.

Si nuestro ser ve y siente á la naturaleza, ¿por qué le ha de negar la creencia?

¿Por qué le ha de negar el ser, sin embargo de no comprenderla?

Para comprender á Dios, necesita el espíritu emanciparse de la materia.

Para comprender á Dios en su esencia, no bastan la inteligencia ni la razon humanas; es necesario, además, que el yo se sobreponga á las trabas del tiempo, que es indispensable al hombre tal como hasta hoy existe en la tierra.

Para comprender la naturaleza de Dios, sus propiedades y atributos, es preciso, en fin, ser, no como Dioses *sicut dii*, sino dioses entera y absolutamente.

Ah! La mas bella y mas grandiosa y admirable conquista de la inteligencia humana, seria, sin duda alguna, el comprender á Dios.

El sabio fundador de la famosa y célebre escuela de Elea, el amargo y severo crítico Xenóphanes de Colophonía, decia cuatrocientos ochenta años antes de la era vulgar:

—“Ningun hombre sabe nada de cierto sobre Dios, y aquel que mejor habla de EL, nada sabe.”

Tambien seiscientos cincuenta años antes de Jesucristo, Thales de Mileto, Anaxíandro de Mileto, Anaxímanes de Lampsaco, Anthístenes, Hermotymo de Clazo-

mena, Diógenes de Apolonia, Archelao de Mileto, Pitágoras de Samos, Empédocles de Agrigente, Ocelo de Lucania, Timeo de Locres y Heráclito de Efeso, admitían al universo y á Dios bajo diversas formas, pero siempre incomprensible, siempre con una naturaleza ignorada de la naturaleza humana.

Mucho se ha avanzado en las ciencias filosóficas, pero nada se ha descubierto en este punto, que aun á pesar del progreso y perfeccionamiento á que deben llegar las razas, hoy ó mañana, no importa cuándo, permanecerá oscuro y velado para siempre.

Quisiéramos ser difusos, mejor dicho, quisiéramos ser mas claros y mas extensos en tan grave como ardua materia, pero los límites de este pequeño ensayo nos obligan á marcar un alto, en donde deseáramos — repetimos — esplayarnos un poco mas para dilucidar todo aquello, que bajo la forma y esencia del *Dios universal*, se presenta en todas partes, como lo dijo Tomás de Aquino, en “esencia, presencia y potencia.”

Sin embargo, en este primer fragmento creemos haber cumplido con nuestros lectores haciéndoles manifiestas nuestras creencias sobre la existencia de un Ser *uno, único y solo*, supremo, eterno, invisible á la materia é incontestablemente superior á la inteligencia humana, y por consiguiente, infinito é incomprensible por nosotros.

II

LA NATURALEZA.

Omnia in mensura, in numero et in pondere disposuisti.

SALOMON.

MIENTRAS que de sus propias obras se desprende de la idea de Dios, de Dios se desprende la idea de la Naturaleza.

Son indispensables el uno para la otra, y por lo mismo no puede concebirse á Dios sin la Naturaleza, ni á la Naturaleza sin Dios.

Ambos son como los rayos del sol, que no podrian concebirse sin la luz.

Pero antes debemos fijarnos en resolver una pregunta: ¿qué se entiende por *Naturaleza*?

Hasta hoy se ha entendido por *naturaleza* el efecto y no la causa, puesto que se la hace depender de Dios.

Se cree generalmente que la naturaleza es una y que Dios es otro.

Este es un error grave, esencialmente gravísimo.

Entender por la naturaleza al efecto por la causa, es como entender al fuego por el calor.